

XXX DOMINGO ORDINARIO

Homilía de monseñor Marcelo Raúl Martorell, obispo de Puerto Iguazú para el 30º domingo durante el año (28 de octubre de 2007)

“Señor tu estás cerca de los atribulados y salvas a los abatidos” Sal.33

En este domingo el libro del Eclesiástico 35,17; nos alerta que “los gritos del pobre atraviesan las nubes” y obtienen gracia. Este es el centro de la liturgia dominical. El hombre debe hacer obras buenas y ofrecer a Dios sacrificios; pero no puede con esos medios compararse a Dios. Dios no es como los hombres que se dejan corromper con dádivas y favores, pues mira únicamente al corazón del que recurre a él. Si tiene alguna preferencia es para los que la Biblia llama los “pobres de Yahvé” que se vuelven a Dios con ánimo contrito, humilde, confiado y convencidos de no tener derecho a sus favores. La primera lectura es un elogio a la Justicia de Dios que no se fija en el rostro de nadie ni es parcial con ninguno, sino que escucha la oración del pobre, del indefenso, del huérfano y de la viuda. Es un elogio a la oración del humilde, que conoce sus límites y recurre a Dios en su necesidad de auxilio y de salvación. Esta es la oración que atraviesa las nubes y obtienen gracia y justicia.

Es una introducción maravillosa a la Parábola del Fariseo y el Publicano que fueron al Templo para orar (Lc.18,9-14); allí Jesús compara y confronta a la oración de ambos. El comportamiento de ambos es distinto, se oponen, para el fariseo la oración es un simple pretexto para jactarse de su justicia a expensas de los pobres a los que él ayuda “Oh Dios, te doy gracias porque no soy como los demás: ladrones, injustos y adúlteros...ayuno dos veces por semana y pago el diezmo de todo lo que tengo...Se siente sin pecado, cumplidor de la ley, ¿Quién más digno que él para recibir la gracia como recompensa por su justicia? Pero su corazón está lejos de Dios porque está lleno de soberbia y de desprecio por el prójimo “Yo no soy como los demás...!!

Al contrario el Publicano al fondo del Templo se confiesa pecador e indigno, y quizá con razón porque su conducta no es conforme a la Ley de Dios. El no es un cumplidor de la Ley, sin embargo está arrepentido, reconoce su miseria moral y se da cuenta de que es indigno del favor de Dios. Dice el evangelio “no se atrevía a levantar sus ojos al cielo; solo se golpeaba el pecho diciendo ¡Oh Dios ten compasión de este pecador” (ib 13).- La conclusión nos desconcierta, el Fariseo salió del templo sin justificación y el Publicano y pecador, salió justificado.

Esto no quiere decir que Dios prefiera al libertino y pecador o estafador al hombre honesto; sino que prefiere la humildad del hombre arrepentido, de aquel que no cree que tenga frente a Dios derechos, como cree el Fariseo. Además el mismo Jesús nos enseña que todo el que se humilla será enaltecido y todo el que se enaltece será humillado. En realidad los dos tenían razón para humillarse...¿Quién es justo y perfecto frente a Dios?

De alguna manera como estos dos personajes todos los cristianos tenemos suficientes motivos para humillarnos y pedir perdón, no somos perfectos en el cumplimiento del mandato del "amor al prójimo", no siempre somos justos, ni ayudamos a la viuda ni al huérfano, no siempre trabajamos por la dignidad del hombre y su crecimiento humano, muchas veces somos egoístas y cerrados en nosotros mismos, sin tener en cuenta al hermano necesitado.

Es entonces que tenemos necesidad de reconocer nuestras faltas y de arrepentirnos de ellas y pedir al Señor de la Misericordia perdón y gracia para no pecar y ser fieles seguidores del evangelio.-

San Pablo reconoce haber corrido hasta la meta, haber mantenido la fe, reconoce el bien realizado, pero con un espíritu diferente, reconoce que el Señor dará "la corona merecida", no solamente a él sino a todos los que tienen amor a su venida; en lugar de jactarse del bien realizado, confiesa que es -Dios quien le ha sostenido y dado fuerzas- lejos de contar con sus méritos, confía en Dios para ser salvado y le da por ello gracias.

"El Señor seguirá librándome de todo mal, me salvará y me llevará a su reino del cielo. ¡A él la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Que la Virgen madre del amor a todos los seres de la tierra nos ayude a ser servidores de Jesús y seguidores del evangelio.

Mons. Marcelo Raúl Martorell, obispo Puerto Iguazú